

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción (Chile)

Año XXVII

Julio de 1950

Núm. 301

Puntos de vista

Reflexiones del momento.

*N*O cabe duda de que la inseguridad y la falsedad de la vida espiritual conduce a los peores errores. Cuando se abandonan por completo los dominios del pensamiento y de la belleza pura, y se entra en el terreno de la lucha y la rivalidad odiosa, se pierde por completo ese sentido de equilibrio y de armonía que debe singularizar la actitud de los hombres que dedican la mayor parte de su vida a las nobles disciplinas intelectivas.

Decimos esto pensando en que una serie de rencillas de carácter subalterno, han hecho descender muy abajo, entre nosotros, el nivel moral que debe regir como condición superior la amistosa comprensión entre quienes aspiraron a dignificar su existencia consagrándola a las bellas tareas del arte. No cabe hacer comparaciones en este sentido. El triunfo de ambiciones que sólo tienen un carácter momentáneo y transitorio, en ningún momento se puede parangonar con las elevadas satisfacciones que producen al espíritu realizar alguna obra de creación para la cual el artista está esencialmente capacitado. Ese es su sueño, esa es su ambición y esa es la meta más culminante de sus aspiraciones vitales.

¿Por qué entonces rebajar esa dignidad, esa actitud ejemplar frente a la vida, que de acuerdo con el temperamento de un artista, le está señalando con claridad meridiana cuál es su camino y cuál es la actividad primordial a que debe entregarle todas sus

energías? Vivimos tiempos difíciles en un mundo convulsionado y acaso sería necesario que cada hombre que se considera un intelectual y un defensor de la cultura se hiciera a menudo un autoexamen, y, de acuerdo con su conciencia, resolviera en definitiva cuál es la verdadera actitud que debe mantener como norma permanente y como ética en su aspiración de contribuir a que la cultura no sea una vana palabra sino por el contrario el concepto medular, en donde se refugien las normas de la moral, que contribuyan a enaltecer la condición humana.

Siempre será un espectáculo triste ver como se desciende por el camino de la pasión bastarda a extremos que en realidad causan dolor. puesto que el artista debe dar el ejemplo de refinado buen gusto, de sensibilidad superior y de generosidad para resolver las situaciones en que, sin mengua de lo que se debe defender en el terreno personal, sean el patrimonio de la cultura lo que el artista trate de afianzar y enaltecer dentro de la sociedad en que vive.

Estériles rivalidades de grupo, apreciaciones que no corresponden a una realidad permanente, sino a la pasión del momento, están dividiendo con demasiada frecuencia a quienes, en vez de estas absurdas disputas, debieran entregarle a su país una obra en que se trasunte lo mejor que hay en su espíritu, y no la escoria de nuestra mísera condición humana. Con frecuencia estamos oyendo decir a la gente que no está en el ambiente intelectual: Pero. ¿por qué hay esas diferencias tan enconadas, por qué se producen esas rivalidades en que cada uno trata de poner en ridículo a su compañero, al que es su émulo en la noble brega del arte?

Uno no sabe qué contestar. Pues esa gente cree que el artista está obligado, por su cultura y su sensibilidad, a ser más comprensivo y más consecuente con las flaquezas humanas. No darle pábulo, no ahondar la discordia, debiera ser la actitud del intelectual, del artista que tiene la obligación de mantener un espíritu ponderado, pues la conquista de la belleza exige purificación de

sentimientos y un concepto más hondo de lo que debe ser la solidaridad, dentro de la convivencia social.

Han olvidado ciertos escritores, ciertos hombres que por su experiencia, por sus años—y, porque además han obtenido cuanto la vida puede dar, dentro de las limitaciones que existen en un país sin grandes posibilidades estéticas—que deberían ser los mentores espirituales de la vida chilena. Y que lejos de formar grupos, de ahondar rencores, de lanzarse en polémicas para denigrar y disminuir con odiosa virulencia los méritos de algún compañero, se dedicaran a la bella tarea de trabajar por la concordia y la simpatía entre los trabajadores intelectuales.

Acaso todos tengan un poco de esta culpa que va desmoronando el concepto que se tiene del hombre de letras en el público.—Son gentes de extrema quisquillosidad—dicen—y se dedican más a pelear que a realizar obras de arte. Y en eso tienen razón. ¿Por qué han de haber grupos, en los cuales asome la tendencia política tal o cual, cuando sólo debe prevalecer en el artista el nexo común de su amor a la belleza, y su ambición de expresar su pensamiento en el libre ejercicio de las ideas?

Causa una sensación de profundo desconcierto, darse cuenta de que en el ambiente intelectual hay una virulencia, que no es lo divergente para apreciar tal o cual problema estético. Es batalla lisa y llana con todos los elementos para causar el mayor daño. No se trata de que Fulano o Zutano sea inocente y no tenga su parte de culpa en esta enconada rivalidad. Se trata de evidenciarla, de ponerla en el foco en donde adquiera todo su nefasto relieve para poder apreciarla en su penosa significación moral. Es esta una crisis de sensibilidad y de cultura.

Las ideas estéticas y las apreciaciones críticas tienen una medida y una expresión culta que no vemos por qué ha de ser virulenta ni excesiva. ¿Acaso es necesario disputarse en forma beligerante el dominio de la belleza? Creemos que el artista debe estar siempre muy lejos de esa actitud y que, por el contrario, su esfuerzo debe ser examinado con honestidad, con la conciencia lim-

pia de malquerencias. ¿Es honorable y es moral que se diga que un escritor es un pobre diablo, cuando se afirmó antes que era un valor eminente? ¿Acaso es ceñirse a las reglas elementales de la ética, desconocer que el talento está en cualquier parte, y que el genio y el deleite de crear no es patrimonio de bandos ni de grupos, que pretende atribuirse para sí, exclusivamente, la misión de la cultura?

Creemos que es preciso deponer esta actitud beligerante, es necesario que la paz de los espíritus vuelva a encauzarse por las normas de leal convivencia que debe presidir la vida de los hombres. Y en especial de los artistas. Porque de ellos es lo infinito. Sus capitales no están en los Bancos, ni en inversiones fabulosas. Están en la riqueza de su temperamento, en su amor a la belleza, en su anhelo de crear algo superior para deleite de quienes saben valorizar la emoción y las escondidas fuentes de donde mana la fantasía creadora.

Esa es la intención que llevan estas líneas. Esta es la esperanza que las ha inspirado. Y ojalá que, Dios mediante, venga muy pronto la purificación de los espíritus, la claridad de la conciencia, y que sea una moral ascética la que se use para enjuiciar al artista, que para luchar en la vida no dispone de otras armas, que sus sueños de belleza.